EL DESCAMISADO

I.

Si hubiésemos de buscar el origen del tipo moderno que se nos viene á las manos, pidiéndonos los rasgos más salientes de su fisonomía, tendríamos que remontarnos al momento, ya bastante lejano, en que el hombre apareció sobre la tierra; más aún: al momento en que se encontró dueño del Paraíso, porque en esa ocasión es cuando por primera vez se nos presenta el hombre sin camisa.

¡Y véase qué caprichos suelen tener los idiomas puestos en bocas humanas! Llama el diccionario descamisado, en su sentido propio, al que es tan pobre que no tiene sobre qué caerse muerto, y cabalmente nadie más rico que el primer hombre, que poseyó él solo los pingües beneficios del Paraíso, mejorado en tercio y quinto con toda la extensión de la tierra.

Y aconteció, como la cosa más natural del mundo, que desde el momento en que, por razones que no son de este sitio, aunque en verdad caben en todas partes, perdió el perpetuo usufructo de lo que podemos llamar la casa solariega del linaje humano, fué cuando, advirtiendo su completa desnudez, comenzó á sentir que no le llegaba la camisa al cuerpo.

Parece cosa averiguada que ese paño menor tan íntimamente unido á la parte extrema de la personalidad humana, fué el primer movimiento, tímido si se quiere, pero al fin el primer movimiento del pudor, bella vergüenza en que el alma, luego que deja de ser inocente, intenta ocultarse y no hace más que descubrirse, porque, bien mirado todo, el pudor es á la malicia lo que el remordimiento al delito.

No es cosa ciertamente de poner la camisa sobre la cabeza en señal de homenaje; pero tampoco sería conveniente echársela á la espalda como cosa de poco más ó menos. Quiero decir, que la camisa empieza en una hoja de parra, y que, en buena filosofía, no es un mero detalle suntuario, sino más bien un sentimiento y hasta un consuelo, como si dijésemos, el paño de lágrimas de las flaquezas humanas. Existe, pues, cierta relación psicológica entre la camisa y el alma. Y aquí recomiendo al lector que conserve en la memoria la última observación hecha, porque sospecho que más adelante ha de convenir tenerla presente.

Adán es el primer descamisado que la historia nos presenta, como si desde el principio se nos hubiese querido advertir que ese debía ser, figuradamente hablando, el destino del hombre sobre la tierra. Y, ¡válgame Dios!, qué esfuerzos hace el ingenio humano por ocultar la humildad de su persona hasta á sus propios ojos. No obstante la antigüedad del caso, el tipo auténtico de la nueva especie que me mueve á escribir estos renglones, no aparece hasta el último tercio del siglo próximo pasado, que asomó la cabeza en Francia bajo el nombre de *sans-culotte*, sin calzones, traduciendo al pie de la letra; *descamisado*, haciendo la traducción más completa, que es la generalmente admitida.

Eso sí, Robespierre no fué indiferente á cierta pulcritud esmerada en la compostura de su *toilette;* ni Saint-Just se desdeñó de dar al aspecto suntuario de su persona el elegante abandono de estudiada *negligé*; ni, en fin, Danton, hombre de grande estómago, hizo nunca ascos á las apetitosas sugestiones del *ménu*. Puede decirse que aquella generación descamisada no tenía al *confort* por enemigo de la patria; pues el mismo Marat, asta humana de la bandera de los harapos, se entregaba con frecuencia á las sensualidades del baño, si no en agua rosada, á lo menos en agua enrojecida por la sangre que hacía correr de la guillotina.

Cierto; mas fuera de esas genialidades particulares de aquellos *sans-culotte*, los pingajos triunfaron en principio; la miseria externa, como dando tes-

timonio de las miserias interiores, se puso en moda, y los *descamisados hicieron furor*. No hay para qué juzgarlos, puesto que ellos, que debieron conocerse bien, se condenaron á muerte sin apelación, y sucesivamente se fueron decapitando unos á otros.

Á los noventa años, poco más ó menos, el tipo se encuentra perfeccionado, y sería un error de señas ir á buscarlo á esas regiones donde la escasez ó la completa ausencia de los bienes de fortuna ponen al hombre en la cumbre de aquel magisterio desde el cual se enseñan los codos. Las palabras, que al fin y al cabo no han hecho juramento solemne de conservar perpetuamente su sentido propio, gracias á la confusión de ideas que reina y gobierna, experimentan desviaciones que las apartan de su significación verdadera; y las hay que, rompiendo completamente con la tradición, que en materia de lenguaje es la etimología, parece que se complacen en representar la idea contraria de lo que, según las leyes de la lengua, significan.

De esta especie de sentido contrapuesto participa como ninguna la voz *descamisado*, y es tal la fuerza de su concepto, permítaseme decirlo así, neológico, que ya no se usa como designación de un estado individual de material desnudez, sino como expresión de un desahogo particular del espíritu. No expresa la situación externa del cuerpo, sino más bien el aspecto interior del alma.

No son ociosas estas explicaciones, si hemos de comprender bien el tipo, que no de muy antiguo

ha obtenido carta de naturaleza entre nosotros. Por eso han sido necesarias algunas palabras acerca de su origen, y alguna indicación aclaratoria acerca del sentido de su nombre.

II.

Nace el *descamisado* ni más ni menos que el resto de los simples mortales, porque la naturaleza, más democrática que los hombres, no le ha concedido privilegio ninguno. No preguntéis en qué cuna se mecieron los primeros años de su vida, pues, humilde ó excelso, según las vanidades del mundo, el linaje no ejerce influencia alguna en su naturaleza.

Tampoco es fácil reconocerlo á primera vista en el movimiento continuo de la vida, porque su apariencia más bien descubre al hombre entregado á la sabrosa indolencia de los goces materiales que al espíritu sombrío que busca en la destrucción universal los *ideales*, como ahora ridículamente se dice, de una creación enteramente nueva.

Si, en efecto, la curiosidad de conocerlo nos mueve á buscarlo, no hay que perder el tiempo registrando los talleres, indagando en las fábricas, descendiendo á esas últimas regiones de la sociedad en que el hombre compra el sustento de su vida ignorada con el sudor de su frente, porque este tipo

que bosquejamos jamás se encuentra oculto bajo el polvo del trabajo.

No llaméis á las puertas desvencijadas de esas viviendas reducidas á la estrechez de cuatro paredes desnudas, donde la familia tiembla de frío, se ahoga de calor ó se muere de hambre, porque el *descamisado* de nuestros días entiende la vida de otra manera, y la penuria de la escasez y la dureza de la miseria son cosas que no le hacen maldita la gracia.

Si hemos de tropezar con él, hay que penetrar ya en este, ya en el otro círculo de recreo, con tal de que el aspecto de la casa revele cierta opulencia y ofrezca aquellas confortables comodidades que se han hecho indispensables para convertir en paraíso de delicias este mundo incorregible, empeñado en llamarse valle de lágrimas.

Si, como es cosa corriente en las interioridades del edificio, adonde, dicho sea de paso, concurren también gentes, digámoslo así, sencillas, á quienes nadie señala con el dedo, hay una habitación algo separada de las demás, y dispuesta de modo que los aficionados á las eventualidades de la suerte busquen en los caprichos de la fortuna las satisfacciones de la vida, seguramente allí encontraremos el tipo de una de las ramas de la familia; quizá al embrión de la especie.

Juega, ya por placer, ya por costumbre, ya por necesidad, y en cualquiera de los tres casos es capaz de jugarse hasta la camisa que lleva puesta, contingencia que no lo pone nunca en el caso de

quedarse sin ella, pues la circunstancia más característica del *descamisado* que describimos, es cabalmente, no sólo la camisa, sino la camisa limpia, inmaculada, exquisita.

Allí se le encuentra, bajo ese exterior que descubre el desahogo del bienestar y la posición fácilmente adquirida de los goces materiales, empeñados en ser el único destino del hombre sobre la tierra.

Exteriormente, si no es siempre la opulencia deslumbradora de todas las vanidades satisfechas, es, cuando menos, el aspecto de esa holgura, ya que no envidiable, envidiada, con que cuentan los hombres felices que pueden decir: «para mí se ha hecho el mundo.»

Interiormente es un espíritu completamente desnudo, un alma que, si me es permitido decirlo así, enseña por todas partes los codos, que atestiguan la desolada miseria en que vive.

Entre las cuatro paredes de su entendimiento, Dios no viene á ser más que una mera abstracción, una antigualla, buena, sin duda, para dormir á los niños en la infancia del mundo.

La sociedad ya es otra cosa; por lo menos desde que Juan Jacobo Rousseau descubrió el contrato social. Es una compañía, hasta cierto punto anónima, representada por acciones de bancos y por acciones de guerra, donde se cotizan y negocian, con la prima que permita el estado de los mercados, cuantas malas acciones se presenten al cambio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La empresa tiene por objeto definitivo la gran obra del siglo, la de vivir lo mejor posible.

El hombre no es á los ojos de este *descamisado*, equívoco si se quiere, pero realmente auténtico, más que uno de aquellos hermosos cuadrúpedos que, según Horacio, formaban la piara de Epicuro.

Chevalier es un economista que ha dicho: «Nuestra civilización se ve obligada á hacer una triste confesión: en nuestros estados libres, que tanto se glorían de sus progresos, hay una clase de hombres cuya condición es víctima de la abyección, y esta clase parece que tiende á propagarse más de lo que se había visto en la mayor parte de las ciudades antiguas.»

Otro economista, de cuyo nombre no me acuerdo, observa que la miseria crece en la misma proporción que el lujo.

Pues bien: el *descamisado* ha venido á ser, por el movimiento natural de las cosas, el ejemplo personal de las averiguaciones hechas por la ciencia económica en el conjunto total de los pueblos civilizados.

Los economistas no se han fijado más que en la multitud, y han separado lo que al mismo tiempo consideran inseparable; á saber: la miseria y el lujo, y han visto la miseria en unos y el lujo en otros, sin caer en la cuenta de que existe una nueva especie que facilita la realización del fenómeno económico dentro de cada individuo.

La miseria, escondida en el fondo del alma; el

lujo, colgado, digámoslo así, por toda la exterioridad de la persona, como una corte suntuosa en un día de gala. Tal es el nuevo *descamisado*, conforme al sentido, si no etimológico, filosófico sin duda alguna.

M. Chevalier tiene mucha razón al asegurar que esta clase tiende á propagarse, más de lo que se había visto, en la mayor parte de las ciudades antiguas.

Pero el sabio economista no ha visto más allá de sus narices (defecto de que suelen adolecer los sabios), pues no ha encontrado por una parte más que la desnudez de los *descamisados* originarios, de los *descamisados* tradicionales, y por otra parte la opulencia deslumbradora á que han aspirado los hombres de todos los tiempos; mas no ha advertido que uno y otro extremo, por la ley de misteriosas atracciones, se hallan ya confundidos en un mismo individuo.

El *descamisado* resulta que viene á ser el gran fenómeno económico de nuestros tiempos, y como la síntesis del estado moral y económico del mundo moderno.

Decir *descamisado*, es lo mismo que decir lujo y miseria.

III.

De la sala de juego al salón de buen tono hay tan poca distancia, que el *descamisado* puede, sin

grande esfuerzo, salvarla de un solo salto. No digo yo que se levante para recibirlo el arco de Tito, pero todas las manos se le tienden, todas las bocas le sonríen, y si, como el destructor de Jerusalén, no es precisamente la delicia del género humano, la gente que se viste tres veces al día, no tiene inconveniente, ya que no en abrirle los brazos, por lo menos en abrirle de par en par las puertas del gran mundo.

En rigor, el *descamisado* se presenta de una manera irreprochable; están perfectamente tomadas todas las precauciones que la *toilette*, digámoslo así, oficial exige; la camisa es blanca como la nieve, la corbata compite en blancura con la camisa, el frac incorregible, esto es, correcto; el aire suelto y desenfadado, como corresponde al hombre que sabe perfectamente que ha nacido en su tiempo. En todo aquello que entra por los ojos, nada hay que pedirle.

Su erudición en punto á *ménus* es realmente amena. No hay plato, ni por nuevo ni por exquisito, que no se halle anotado en el registro suculento de su paladar. Saborea las delicias de la mesa como quien sabe hacer los honores debidos á la digestión, y puede decirse, fuera de toda lisonja, que es un estómago sublime.

Príncipe ó Duque, potentado ó simple particular, porque de todas clases se dan ejemplares, sigue sin rebozo las corrientes de su siglo, con tal de que la mesa sea apetitosa, el salón confortable, la vida muelle y regalada.

¿Qué hay que sacrificar á la realidad continua de esas satisfacciones?.... Pedidle sacrificios, seguros de que no ha de escasearlos: lustre de la familia, amistad, favores alcanzados, respetos debidos.... todo está pronto á sacrificarlo. Socialista activo en el fondo de su manera de ser, huye de todo trabajo útil, y se declara individualmente en perfecta huelga.

Y es razonable. Separa con bastante acierto las debilidades de la materia, de las fortalezas del espíritu; deja al cuerpo que satisfaga todos los caprichos de sus apetitos, y echa sobre los hombros desnudos de su inteligencia la balumba de los grandes problemas. Es.... lo diré en francés para mayor claridad; es lo que llamamos un *sprit fort*; pero téngase en cuenta que los *espíritus fuertes* son cabalmente los que tienen la carne más flaca; ¡y eso que se dan tan buena vida!

Allí, en el Casino, por ejemplo, junto á la chimenea, abandonado al muelle regazo de la butaca, exhalando en repetidas bocanadas de humo el jugoso perfume de suculento tabaco, con los pies casi á la altura de la cabeza, mediante la silla sobre que los tiene colocados para mayor delicia, discute con énfasis trascendental los puntos más salientes de las cuestiones sociales, puestas á la orden del día por el furor inagotable de la controversia.

La libertad humana, los derechos del hombre, los títulos de las clases desheredadas á la posesión del mayorazgo universal, la ignominia del trabajo,

las oscuridades de la propiedad.... todo lo examina, lo expone y lo resuelve de plano, merced á la abundancia de lugares comunes con que la ignorancia invencible de que hablan los teólogos ha enriquecido el lenguaje de los sabios. Porque nuestro tipo es casi orador, semifilósofo y hasta medio literato. ¿Por qué no? Cabalmente el *descamisado* de que tratamos posee, como única virtud, la cualidad intrínseca de ser copartícipe privilegiado en la herencia del mundo; quiero decir, de serlo todo á medias.

—¡La libertad humana!.... ¿Quién (pregunta) puede ponerle límites?.... ¿Acaso la bestia salvaje ha de ser más libre que nuestra especie? ¡Los derechos del hombre! Eso es definitivo. Todavía las leyes pretenden limitar el ejercicio ilegislable, imprescindible, del *Yo* humano; pero la ciencia, señores, no hay que darle vueltas, acabará con la ley. En vano los escrúpulos supersticiosos de una moral añeja se obstinan en condenar el suicidio. ¡Qué aberración! Cuando se le ha dicho al hombre que puede disponer libremente de su alma, entregándola, ya á esta creencia, ya á la otra, ya á ninguna, se quiere impedir que disponga de su vida. ¡Las clases desheredadas! No puedo volver los ojos hacia esa parte de la sociedad sin que se aflija mi alma, y me refugio indignado en el fondo de las mayores comodidades, como una protesta viva. ¡El trabajo! ¡Ah! ¡Todavía existe esa palabra en el diccionario de las lenguas cultas! Yo pregunto: ¿Por qué la pobreza ha de

ser un delito que se condene á la pena de trabajos forzados? ¡La propiedad! Sí, cierto; cuestión delicada, porque al fin, beato el que posee; pero también tendrá su término esa beatería, y entre tanto, convengamos en principio en que todo es de todos.

Tal es el *descamisado* por dentro en las grandes cuestiones del día.

En los salones del buen tono, sus tesis no participan de menor desnudez. El amor libre no le parece más que una fórmula nueva, á la cual no hemos acostumbrado todavía el oído, y reclama en su apoyo todos los derechos de la naturaleza. No sabe por qué no ha de ser libre la afición más espontánea de que es capaz el mecanismo humano. La mujer (dice con exquisita galantería) no merece ser engañada nunca; permítasenos la libertad de dejar una por otra, y no nos veremos en la necesidad de engañarlas. El amor no se puede tomar como la vida, que ha de durar necesariamente hasta la muerte; y, sin embargo, ¡quién no cambia de vida!.... ¿Es, por ventura, el amor una obligación? Si lo fuese, ¿qué mujer sería amada?

Por lo que hace á las costumbres, es el defensor asiduo de cuantas debilidades caen en el platillo de las conversaciones.

Una infidelidad.... ¡Phs! ¡Mire V. qué arco de iglesia! El mundo está aún lleno de preocupaciones. Ya no hay más infieles que los moros. La mujer propia no es una esclava; y, después de todo, un marido que encuentre quien le ayude á llevar la

cruz del matrimonio, no tiene por qué quejarse.

Una traición.... ¡Bah!.... El mundo está muy adelantado para que semejante cosa escandalice á nadie. El éxito es el juez definitivo : el fin justifica los medios.

En cuanto á los diferentes modos de vivir á que el hombre puede apelar, sostiene que no hay más que uno, á saber : vivir bien, vivir lo mejor posible; buena casa, buena mesa, todas las comodidades del bienestar, un lujo desahogado, razonable. Su tesis económica es esta: que el dinero, sea el que quiera el origen de que proceda, vale siempre lo mismo; que es absolutamente necesario para la vida, y que hay que buscarlo donde se halle, ó convertírse en monedero falso, sistema hasta cierto punto desacreditado.

En resumen : el *descamisado* es ese gran perdido, ese perdido fastuoso que nos encontramos en todas partes.

IV.

Acaso se crea que son demasiado vagos los contornos en que hemos diluído el bosquejo de este tipo, que, en último resultado, se confunde con la especie, conocida en todos los tiempos, de esos hombres que echan el cuerpo adelante al mismo tiempo que se echan el alma á la espalda. No me opongo á la

fuerza de tan juiciosa observación; pero téngase en cuenta que el nuevo sentido de la voz *descamisado* se ha hecho para designar en la presente época á esa especie de todos los tiempos.

Mas si se quieren líneas más precisas, que determinen bien el tipo original que la palabra, por filosófica ampliación, determina, ahí está la historia que no nos dejará mentir, y que, sin andarse con rodeos inútiles y con vanas salvedades retóricas, nos presenta de golpe y de cuerpo entero, en su doble naturaleza jerárquica y descamisada, el ejemplar auténtico del género verdaderamente descamisado.

Á manera de anuncio del ser compuesto que, andando el tiempo, había de circular en el mundo como moneda corriente, aparecen á nuestros ojos, unidos en una misma persona, en un solo individuo, el duque de Orleans y *Felipe Igualdad*. Marat no fué en sustancia más que el embrión, el conato, la intuición imperfecta, incompleta, del tipo, la cuna de la especie. Tomó la natural desnudez con que todo nace por forma auténtica y definitiva de la regeneración social, y elevó los harapos á la jerarquía de las ideas. Fué, si no hay inconveniente en que así se diga, el tipo inconsciente, espontáneo, la infancia del arte, el pedazo de mármol de que había de salir después la verdadera estatua; esto es, el *descamisado* suntuoso, el que se codea en los salones con las más altas jerarquías, el que viste soberbios uniformes, el que habita en palacios, tal vez el que ciñe corona.

La corrección no se detuvo mucho tiempo, y la idea, desnudamente expuesta por Marat, encarnó bien pronto en *Felipe Igualdad,* ¡oh pudor!, conservando la camisa, no así como se quiera, sino exquisita, pulcra, intachable, dos por lo menos cada día, una, si es preciso, para cada hora.

El infeliz que por las adversidades de la suerte se encuentra condenado á no tener camisa, ¿qué ha de hacer más que apetecerla? ¿Se resigna nadie á vivir sujeto á la triste condición de que no le llegue nunca la camisa al cuerpo? Ese es el *descamisado* involuntario. Si al niño recién nacido, por su desnudez originaria no se le puede llamar propiamente *descamisado,* por la misma razón no debe designarse con ese nombre al que no lleva camisa, sencillamente porque no la tiene.

No, ese no es un tipo moral que forma especie, y cuyos ejemplares obedezcan á leyes comunes; son casos aislados, fortuítos. La palabra no ha hecho fortuna, merced á tan mezquina significación, porque entonces, ¿qué palabra no sería célebre? Su valor consiste en la perspicacia con que su sentido designa, no la desnudez material del cuerpo, sino la desnudez moral del alma. Á un cadáver no se le llama desalmado, á pesar de que no tiene alma, porque desalmado no es el que no la tiene, sino el que no quiere tenerla.

Del mismo modo, cuando nos valemos de la palabra *descamisado,* más que un orden de hechos pretendemos expresar un orden, digámoslo así, de

ideas; más que una clase de pobres desventurados, se nos representa una especie de dichosos aventureros. Así resulta que no es el desorden externo de la persona lo que determina y caracteriza el tipo, sino el desorden interno, que se descubre al través de las galas del vestido.

Para determinar más esta diferencia que salta á la vista, basta observar dos hechos constantes, que el movimiento agitado de la vida que traemos nos pone de continuo ante los ojos. Son dos hechos al parecer contradictorios, y que en el fondo se corresponden. Obsérvese cuán penosamente, si llegan á conseguirlo, salen de pobres los que no tienen camisa, y véase de paso con cuánta facilidad prosperan los *descamisados.* Á la vez que los primeros se ahogan en la estrechez de la miseria, los segundos se mueven en la holgura de la comodidad y del regalo.

No es el *sans-culotte* inculto, de aspecto patibulario, de semblante sombrío, que ha tomado su descontento por opinión, su fuerza por ley y su cólera por potestad. Nada de eso. Es el *sans-culotte*, sí, pero culto, limpio, risueño, hasta afable.... ¡qué digo!.... tolerante, que toma las cosas como vienen, que vive arriba y piensa abajo, que medita hondamente en las necesidades de los pueblos, porque, en la descendencia corriente de las palabras, popularidad viene de pueblo; que adivina los caprichos de las multitudes para anticiparse á propagarlos; que profesa los errores más halagüeños á la

ignorancia del vulgo, como gracia que concede ó como lisonja que tributa.

Por último: si es simple particular, desdeña en principio las jerarquías; pero tiene su asiento en la mesa de los potentados.

Si es Marqués, Conde, Duque, Príncipe, desprecia sus títulos, pero los lleva.

No es posible describirlo con todos sus pormenores, porque la mayor parte de ellos se confunde con el resto de los hombres; pero, no importa, porque es imposible desconocerlo.

ABRIL

I.

He aquí el mes que encierra la gran efeméride del mundo; el gran aniversario del nacimiento de la tierra; el bello recuerdo de aquellos primeros días del Paraíso. Yo lo tengo por positivo. El tiempo nace todos los años, ó, mejor dicho, semejante al fénix, renace de sus cenizas; de lo cual infiero que no le ha de ir tan mal por el mundo cuando incurre tantas veces en la extravagancia de volver á pasar por la tierra.

¡Phs! ¡Quién sabe! Acaso ese afán incesante de renovar la vida no sea más que pura curiosidad, porque la historia de los hombres, aunque poco más ó menos siempre viene á ser la misma, no deja por eso de ser siempre curiosa, y hoy más curiosa que nunca.

Abril es el mes del año que el tiempo ha elegi-